

su copa, y se levantó de la mesa. Al salir del comedor sintió que un brazo se deslizaba bajo el suyo, y la voz del mayor Campbeil murmuró á su oído:

—Cuando terminéis la guardia, pasad por mi casa. Debo comunicaros algo. Sed hasta entonces circunspecto en palabras y acciones.



CAPÍTULO III

UNA AMISTAD PELIGROSA



PENAS el mayor Campbell hubo dirigido esta advertencia al joven teniente, abandonó el palacio, y marchó camino del cuartel. Al llegar á su habitación halló, con harta sorpresa, una carta con el sello oficial de los Horse-Guards.

Abrióla, no sin curiosidad. Estaba concebida en estos términos:

«Señor: por encargo del general en jefe os ruego que os sirvais honrarle con vuestra visita mañana, á las once de la mañana, para tratar de un asunto confidencial.

Soy, Señor, vuestro affmo. s.

F. PONSOBY TREVOR
Secretario militar

Al mayor Campbell, etc.»

Y nada más. En cuanto al significado de la demanda, en cuanto al linaje del asunto que interesaba al generalísimo, no aparecía ningún dato; á la imaginación del mayor Campbell correspondía suplir tales deficiencias.

Volvamos á Teddy. Al salir del comedor se había empleado en buscar á su prometida, pero no pudo dar con ella en parte alguna. Sturmer habíala llevado junto á la Condesa, y ésta imaginó con sumo regocijo que Fanny había pasado todo aquel paréntesis en compañía del barón. Al cabo de unos momentos, partió la Condesa, sin consentir á su hija la más vaga probabilidad de ver nuevamente á su enamorado.

El muchacho se dirigió al patio del palacio. Recorriólo de extremo á extremo, en la más completa soledad, revolviendo en su mente las escenas de aquella noche, las nuevas funciones de Fanny, las palabras de su peligroso rival Sturmer, el alarmante coloquio de que había sido testigo y que se había comprometido á callar, y por fin la repentina benevolencia que le había mostrado el duque de

Cumberland. Con todo, era inútil que pretendiese darse cuenta exacta de las borrosas palabras de los conspiradores en la sala del trono y penetrar la casta de sus designios.

Reflexionaba luego sobre la advertencia peregrina que le había dirigido su amigo Campbell. En toda ocasión había demostrado Campbell interesarse vivamente por él. ¿Qué significaban tales misterios? ¿Existía una corriente invisible, subterránea, que le atraería por una ú otra boca? Terminó sus meditaciones esperando que así ocurriría y que se vería comprometido á una lucha con el barón Sturmer, y obtendría por galardón del combate la mano de Fanny.

Un torbellino de invitados le arrancó á su ensimismamiento; precipitábanse todos hacia la salida, prueba infalible de que el duque de Cumberland había dado la señal de marcha. No tardó en alejarse el pos-trer carruaje, y el teniente pudo acompañar su destacamento al cuartel.

Apenas los soldados rompieron filas, Hervey, sin cambiar de traje,

fué á toda prisa á la habitación de Campbell, y encontró al mayor que le aguardaba pacientemente.

—Entrad, Hervey. ¿Que vais á tomar?

Campbell se dirigió á la alacena y tomó dos garrafones, uno de coñac, otro de ron. En aquellos tiempos no se apreciaban todavía en Inglaterra las virtudes del whisky.

—Vamos á ver, ahondemos en este caos — dijo Teddy en tono ligero, mientras su amigo le llenaba el vaso.

Campbell balanceó la cabeza gravemente.

—Siempre fuimos excelentes amigos, Hervey. Me parecéis más cuerdo que la mayor parte de esos mozalbetes... Pues bien, quisiera haceros una pregunta. ¿Que sabéis de ese hombre, de Sturmer?

Teddy levantó la cabeza, sobresaltado.

—Casi nada. ¿Por qué?

—¿Es amigo ó enemigo vuestro?

—A decir verdad, lo ignoro. ¿Por qué me lo pedís?

—Porque de mucho tiempo acá ando vigilando á ese individuo. Sé que es hombre peligroso para sus

enemigos, y no aseguraría que no resulte más peligroso en cuanto se le antoje ser amigo de uno. Velad sobre vos mismo si existe algún ligamen entre los dos.

—¡Qué! ¿Sabéis algo grave de Sturmer?

—Ah, esto es harina de otro costal. Yo os hice una advertencia que podéis dejar á un lado si no os conviene. Pero si deseáis que os diga lo que de él supiere, es preciso que os espontaneéis antes conmigo.

Teddy empezó á sentirse violento. ¿Hasta que punto le sería posible confiarse al reservado escocés sin faltar al compromiso que había contraído?

—Un dato puedo comunicaros: — dijo lentamente—el barón Sturmer y yo somos rivales. ¿Conocéis á lady Fanny Greville?

—Sí.

Y este monosílabo fué pronunciado con singular dureza.

—Pues bien, Sturmer la importuna con sus atenciones. Ella declara que no se casará jamás con él porque... porque, en fin, ella y yo...

—Perfectamente— dijo el mayor

con acritud, interrumpiendo la penosa confesión del joven.—Otra razón para andar alerta con este hombre. Es capaz de fechorías que no debéis de imaginar.

—Al propio tiempo—continuó Teddy, esforzándose en dominar el sentimiento de aprensión que le invadía—han permitido las circunstancias que él se vea obligado á confiarse á mi discreción, y me inclino á creer que la bondad que me ha manifestado el duque de Cumberland fué debida á la influencia de Sturmer.

—No lo dudo—replicó el mayor secamente.—Pero convendría saber si la amistad del duque de Cumberland constituye para vos un bien. De todos modos, si fuese cierto que él os está obligado en cualquier extremo, tened en cuenta que ese es el mejor incentivo para convertirle en vuestro enemigo mortal. Tened por cierto que obraríais harto mejor explicándoos detenidamente. ¿Teméis acaso confiaros á quien es vuestro amigo?

—No tal—dijo Teddy vivamente.—Me reputara dichosísimo si podía revelaros todo el asunto, y solicitar vuestro consejo; pero doy con el obs-

táculo de haberle dado palabra de guardar silencio.

—Basta. No debéis faltar á vuestra palabra, ni habiéndosela dado á Sturmer.

—Puedo deciros al menos como se la dí.

Y Teddy narró su aventura con lady Fanny, callando siempre el nombre del interlocutor de Sturmer, y el linaje de su conversación.

—Por ahora no columbro salida á este callejón, como él se mantenga fiel á su propio compromiso—dijo Campbell á guisa de comentario.—Y acaso pueda yo imaginar con más certeza de lo que os figuráis el tema que interesaba á Sturmer y á su interlocutor.

Teddy le dirigió una rápida mirada, llena de avara curiosidad.

—No obstante, no me detengo ahora en este punto. No he de moveros á que faltéis á vuestra palabra. Pero juzgo peligroso que os asociéis á ese hombre; y á no tardar se comprobarán mis augurios.

—No tengo el menor propósito de asociarme á él, y me parece que nada común habrá en adelante entre

los dos—dijo Teddy enarcando las cejas.

—Yo opino, por el contrario, que os hallaréis entrevuelto con él por dilatado espacio—recalcó significativamente el mayor.—¿Conocéis su situación, no es eso?

—Sé que le favorece en extremo el duque de Cumberland; si os referiais á esta particularidad...

—No acertáis. Sturmer no es hechura del príncipe: Sturmer es el idolo del príncipe; el príncipe es hechura de Sturmer.

Hervey abrió los ojos desmesuradamente.

Su amigo prosiguió, muy cachazudo:

—En el transcurso de los años, el príncipe ha ido cayendo cada vez más bajo la influencia de Sturmer, bajo su poder. En cuanto al secreto de este poder, adivínalo vuestro propio juicio. Se supone que el Príncipe le debe sumas enormes, que Sturmer ha tomado pingües hipotecas sobre las rendas eventuales de Hannover, y que el Príncipe cuenta con Sturmer para sus subsidios cotidianos. Sea como fuere, lo innegable es que Stur-

mer conoce anticipadamente todo lo que lleva á cabo el duque de Cumberland, y que á cualquier empresa que inicie Sturmer prestará el duque su cooperación.

Hervey comprendió que bajo estas palabras de Cambell se ocultaban graves insinuaciones, pero se dió cuenta asimismo de que fuera inútil pretender nuevas informaciones.

—¿Pues qué me aconsejáis?—preguntó.

—Actualmente, no cabe más que vigilar y escuchar. Acaso no tardéis en descubrir detalles de mucha envidia. Yo me equivoco solemnemente, ó no habéis de tardar en recibir la visita de Sturmer.

—¿Suponéis...?

—Estoy seguro. Ese hombre ha resuelto adueñarse de vos. Será preciso darle á entender que lo ha conseguido, ó aguardar su venganza.

Teddy se echó á reir, afectando un escepticismo mayor del que en realidad sentía.

—Querido Campbell, estáis hablando como si viviésemos en Venecia, coetáneos del Consejo de los Diez. Supongo que no entra en vues-

tras suposiciones el empleo del veneno ó del puñal; y en orden al desafío, me parece que manejo la espada con tanta dexteridad como ese tudesco.

—Mi enhorabuena. Él goza de una temible reputación, aunque no haya acudido al terreno desde mucho tiempo.

—¡Bah! convendrá hacer unos molinetes en casa de Plangin para que nos convenzamos de que Sturmer no tiene mi vida pendiente, por modo fatal, del extremo de su brazo.

—Muy bien. Prometédme tan solo que obraréis con prudencia; y en cuanto sepáis algo notable, comunicádmelo en seguida.

Prometióselo Teddy, y marchó á su propio departamento. Tendióse en la cama, y no tardaron en desvanecerse sus perplejidades en la hondura del sueño.

Durmió tan profundamente, que le pareció que acababa de cerrar los ojos cuando su criado penetró en la estación, llevándole el agua caliente. Saltó del lecho y empezó á componerse con la atención escrupulosa que puede infundirle á uno el senti-

miento de su responsabilidad, como á uno le incumba dar el tono de la moda.

—Ea, Mike, señor holgazán, se os olvidó la fricación de las botas. ¡Pronto, una toalla limpia! ¡Levantad el *store*! ¿Dónde está mi pantalón color espliego? ¿Acaso voy esta mañana al ejercicio, imbécil? Encerrad el sable.

El criado escuchaba el torrente de instrucciones con la calma filosófica que caracteriza á los hombres dotados de una prudencia que les impide intentar dos empresas á un tiempo, lo cual impide generalmente llevar á cabo una y otra con lucimiento.

—¿El señor está dispuesto para el desayuno?

—Si; café y un panecillo nada más. ¿Vino correspondencia?

—No, señor.—Y presentándole una pequeña bandeja llena de tiras azules de enojoso aspecto añadió:—Vieron facturas nada más, señor.

—Déjalas ahí. Pero no... no debo permitirme ahora el exámen de esta pirámide. Parece imposible que esa gente no se de cuenta de que mi tiempo es precioso. Muy sobrados

andarán ellos del suyo, según se divierten mandando estas cuentas absurdas.

El montón de facturas desapareció en un armario, aguardando que el oficial entrase en más benévolas disposiciones. Llegaron entonces café y panecillo, y Hervey desayunó á toda prisa. Cuando apenas terminaba, llamaron á la puerta.

—Enteráos de quien llama, Mike, y decidle que vaya al diablo. No me he levantado aun—dijo Teddy, todavía envuelto en su bata doméstica de riquísima seda, lujosamente bordada.

El fiel Mike llegóse á la puerta, donde se encontró cara á cara con un personaje: nada menos que con Sturmer.

—¿Está en casa, el señor Hervey?

—Está en casa, señor, pero acaba de levantarse y me ha rogado que os dijera cuanto agradecería á Vuestro Honor, que Vuestro Honor tuviese la bondad de volver dentro de un rato.

De esta suerte el irlandés, actuando de diplomático, parafraseó la orden de su amo.

Pero el barón insistió:—Pasad mi tarjeta á vuestro amo, y rogadle que

excuse mi visita mañanera, enteramente cordial.

Mike tomó exquisitamente la tarjeta, entre el pulgar y el índice, y la llevó al teniente.

Aún Hervey no había leído todo el nombre, cuando exclamaba con una imprecación:—¡Llevaba razón Campbell! Ea, va á ser forzoso recibirle. Mike, que entre el barón; luego podéis ir media hora á tomar el fresco.

Al cabo de un instante, Sturmer penetraba en la estancia saludando al teniente con todo el calor de un viejo camarada. Evidentemente llegaba con la intención harto meditada de hacerse simpático, y su cara, avinagrada de ordinario, tomaba la expresión más amable de que era capaz.

—Querido señor Hervey—exclamó arrellanándose cómodamente en una butaca—me admira que hasta el presente no nos hayamos frecuentado más. Casi todos vuestros compañeros de *mess*¹ deben de ser amigos

1) Esta palabra significa algo así como sala en que se reúnen para la comida los oficiales del mismo cuerpo; ó conjunto de personal y material en un cuartel ó en otro establecimiento análogo.

míos. El príncipe me reprendió ayer noche severamente porque no os había presentado antes; se mostró severo, palabra de honor.

Teddy se inclinó cortesmente. Acaso una efusión parecida hubiera podido interesarle la víspera, pero después de las advertencias del mayor, semejante conducta le puso en guardia.

—No há mucho que ostento las charréteras—respondió modestamente. —No tendré la fortuna de que el príncipe se interese por una personalidad tan menguada como la mía.

—Pues, amigo carísimo, os equivocáis lamentablemente—respondió el barón con viveza.—Su Alteza Real demuestra por vos el mayor interés. No conocéis al príncipe, señor Hervey. Muchos incurrén en esta incomprensión. Su exterior frío y reservado oculta una inmensa bondad. Claro que mientras vive su augusto hermano la etiqueta le mantiene en segundo lugar, y no puede favorecer á sus amigos á medida de su deseo. Pero si escalase el trono, los acreedores á su benevolencia no se quejarían de su suerte.

—Estoy seguro de ello—repondió Hervey, quien continuaba preguntándose á donde iría á parar el barón.

—Y su advenimiento al trono fuera asimismo un bien para el país—añadió el Hannoveriano.—Verdaderamente, es una gran desdicha que la Inglaterra y el Hannover estén sujetos á distintas leyes de sucesión. ¿Por qué los dos países deben separarse hoy, después de una unión que ha rebasado un siglo? Pero temo que vos no compartáis mis ideas sobre este tema.

—Nada de eso—afirmó el teniente. —Hago coro á vuestros lamentos. Pero sospecho que sea ya demasiado tarde para intentar la modificación de la ley.

—Tal vez. La mocedad de la princesa Alejandrina-Victoria aumenta lo crítico de la situación. No ignoráis que los partidarios de las reformas pregonan á voz en cuello que la princesa será juguete de sus manos y que los torys no volverán al poder. Conozco el temperamento de vuestra familia, señor Hervey, y he adquirido la certeza de que no sim-

patizáis con el movimiento en pro de los católicos.

—¿Movimiento en pro de los católicos? No entiendo. ¿Os referís á la emancipación?

—No tanto á la emancipación como á sus consecuencias. Me he enterado por casualidad de que el Papa dispone de emisarios en Inglaterra—los tiene hasta en la Corte—y de que se llevan á cabo esfuerzos considerables para asegurar el restablecimiento de la supremacía romana. Recordad que la primera mujer que se sentó en el trono de Inglaterra gestionó una reconciliación con Roma; y, de ceñir la corona inglesa las sienes de la princesa Alejandrina, no os admire presenciar análogos hechos dentro de diez años.

Teddy contemplaba á su interlocutor, no sin consternación. Las ideas de Sturmer cundían en efecto lastimosamente entre los fanáticos de la época. Aunque ello parezca una anomalía en una generación acostumbrada á considerar el trono como exterior á la esfera de los partidos políticos, es innegable que á la sazón las dos huestes imaginaban que el acceso

al trono de la princesa Alejandrina Victoria iba á constituir un triunfo para el partido que dirigía lord Melbourne y un enorme quebranto para sus adversarios. Cierto que en aquella época el espíritu de partido había llegado á un grado inaudito de exacerbación, únicamente superable por el de una guerra civil. La aristocracia y el pueblo constituían dos campos hostiles. La prolongación de la lucha causada por el bill de Reforma había inducido á cada clase á considerar mortal enemiga á la de enfrente. Dábanse nobles que aseguraban inminente en Inglaterra una revolución y ya vislumbraban en el horizonte los desastres de un régimen de terror; hallábanse demócratas convencidos de que únicamente la revolución acertaría á impedir que el pueblo fuese bárbaramente pisoteado por una tiranía aristocrática. Sutiles observadores como el joven autor de *Vivian Grey*¹, declaraban que la más liviana futesa podía lanzar á los dos partidos uno contra otro.

1) Benjamín Disraeli, luego Vizconde Beaconsfield.

Además la nación atravesaba una de sus crisis periódicas contra el papismo, y esto colmaba la gravedad de la situación. Lord Melbourne necesitaba el concurso de los votos irlandeses para mantenerse en el ministerio, y sus enemigos explotaban diestramente la alianza como un peligro que amenazaba á la fé protestante. De esparcir esta convicción, á representar á la joven princesa como víctima de los artificios católicos, no había más que un paso; un sinnúmero de insinuaciones de esta categoría habían llegado á oídos del joven oficial, aunque no adquiriendo el peso y gravedad que les comunicaba el ser pronunciadas por el confidente de uno de los deudos mas próximos de la princesa.

—¿No imagináis, á buen seguro, que la princesa se incline realmente á la Iglesia Romana?—preguntó asustado.

Paseó Sturmer una mirada circular alrededor de la estancia, y respondió, atenuando la voz:

—No sé hasta que punto cabría una certeza en esta cuestión. Diré, para entre los dos, que tengo mis

bases para imaginar que su tío está algo inquieto sobre el particular. No puedo repetiros todo lo que se dice por ahí. Pero, sea como fuese, Su Alteza está convencido de que una niña no va á tener más voluntad que la de sus ministros, y vos sabéis con tanta precisión como yo que Daniel O'Connell mueve á su albedrío á todos esos títeres.

A Hervey le pareció muy difícil responder á esta observación, que le recordaba en conjunto las que á diario repetían sus padres y los amigos. Su padre había sido, en la Cámara de los Lores, partidario del duque de Wellington, y combatió encarnizadamente el bill de Reforma que le arrebató tres lugares podridos¹. Sturmer advirtió el efecto que había alcanzado, y, muy hábilmente, resolvió no pasar de aquella impresión.

—Esperemos que el rey viva aun largo tiempo—dijo levantándose, dispuesto á partir.—Pero es necesario que ninguna eventualidad nos coja desapercibidos; los amigos de la re-

1) Los ingleses denominan así á unas circunscripciones electorales muy pobres, que permiten asegurarse fáciles elecciones.

ligión y del orden tienen la obligación de unirse en estrechísimo lazo. Venid esta tarde á comer conmigo, en mi casa; hallaréis á algunos camaradas vuestros, y hablaremos largo y tendido.

Un si es no es corrido por la facilidad con que el barón parecía haberse apoderado de él, Teddy murmuró algunas palabras de asentimiento. Estrecháronse la mano, y Sturmer alejóse; sus labios irradiaban una sonrisilla de satisfacción.



CAPÍTULO IV

UNA INVESTIGACIÓN

AQUELLA misma mañana, el mayor Campbell ingresó en el cuartel de los House-Guards, y encargó que pasaran su tarjeta al generalísimo. Las once estaban al caer. Casi al instante volvió el ordenanza, quien le introdujo á la presencia de lord Hill.

El famoso veterano de las guerras de España cuya popularidad sólo en un ápice era inferior á la que gozaba el Duque de Hierro antes de adoptar una modalidad política, estaba sentado ante su mesa, solo. Al penetrar Campbell, se levantó, estrechóle la mano con brusca sinceridad y, con un gesto, le indicó una silla.